

amorosa, aquel puro y encantador rostro entre los pliegues de las entreabiertas cortinas como el de una casta esposa que espera el regreso de su esposo.

Para sustraerse á estas visiones que no hacian más que descorazonarle, se desnudó y se metió en cama, besando el sitio que ocupara Isabel la noche que permaneció en el castillo; mas, á pesar de la fatiga, el sueño tardó en acudir á sus párpados, y su mirada vagó más de una hora por el dormitorio, ora siguiendo algun singular reflejo de luna al lamer los poco limpios vidrios de las ventanas, ora fijando con una fijeza inconsciente la mirada en el viejo tapiz en el que se veia el cazador de patos entre un bosque de árboles azules y amarillos.

Si el señor velaba, el animal dormia. Belzebú, hecho una bola á los piés de Sigognac, roncaba como el gato de Mahoma sobre la manga del profeta. La profunda quietud de la bestia acabó por apoderarse del hombre, y el jóven Barón partió para el país de los sueños.

Al despuntar la aurora, Sigognac quedó más maravillado todavía que la víspera del estado de destrozo en que se hallaba su morada. El dia no tiene compasion de las ruinas y de los muebles viejos; enseña cruelmente las pobrezas de ellos, sus arrugas, sus manchas, la descoloracion, el polvo, el moho; la noche, más misericordiosa, lo suaviza todo con sus sombras amigas, y con la orilla de su velo enjuga las lágrimas de las cosas. Las salas, tan extensas en otro tiempo, parecíanle pequeñas, y admirábase de haberlas guardado tan espaciosas en su memoria; pero pronto se acostumbió de nuevo á la vivienda y volvió á su antigua vida como se entra en un viejo traje que por algun tiempo se ha abandonado por otro nuevo; sentíase cómodo en aquel vestido usado, del que sus costumbres habian formado los pliegues. El dia lo distribuia de la siguiente manera: iba á hacer una corta plegaria en la arruinada capilla donde reposaban los restos de sus ascendientes, arrancaba los espinos que salian por entre las grietas de las tumbas, despachaba su frugal comida, tiraba la

espada con Pedro, montaba Bayardo ó el jaco que trajo consigo y que habia conservado, y, despues de una larga excursion, regresaba al castillo, silencioso y taciturno como antiguamente, luego cenaba entre Belzebú y Miraut, y se acostaba hojeando, para dormirse, uno de los tomos desapareados y ya cien veces leidos de su biblioteca devastada por los hambrientos ratones. Como se ve, nada sobrevivia del famoso capitán Estruendo, del osado rival de Vallombreuse; Sigognac volvía á ser, en toda la extension de la palabra, el castellano del castillo de la Miseria.

Cierto dia bajó al jardin al que habia acompañado á las dos jóvenes comediantas, y lo halló más inculto, más desordenado, más lleno de plantas dañinas que nunca; no obstante, el rosal silvestre, que habia proporcionado una rosa para Isabel y un boton para Serafina, para que no fuese dicho que dos damas saliesen de un jardin sin llevar siquiera una flor, parecia esta vez, como la otra, haberse picado de la honrilla. Sobre la misma rama se veian dos magníficas rosas, de delicados pétalos, abiertas por la mañana, y en cuyo corazon conservaban todavía dos ó tres perlas de rocío.

Este espectáculo enterneció sobremanera á Sigognac por el recuerdo que en él despertaba, recuerdo que le trajo á la mente estas palabras pronunciadas por Isabel: «Durante el paseo que dimos por el jardin, en el que apartabais delante de mí los espinos, cojisteis una rosita silvestre, único presente que podíais hacerme; sobre ella dejé caer una lágrima antes de encerrarla en mi seno, y, en silencio, os dí mi alma en cambio.»

Sigognac cojió la rosa, aspiró con pasion su aroma, y aplicó sus labios á las hojas, haciéndose la ilusion de que eran los de su amiga, no ménos dulces, rojos y perfumados, de su amiga en quien no dejó de pensar un instante de desde que se habia separado de ella y que de cada dia más comprendia que era indispensable á su vida. Durante los primeros dias, el aturdimiento producido por las aventuras que sobre

él se habian acumulado, el estupor causado por los cambios de fortuna que habia experimentado, la distraccion forzada del viaje le habian impedido darse cuenta del verdadero estado de su alma. Mas, una vez vuelto á la soledad, la calma y el silencio, Isabel era el objetivo de todos sus pensamientos, ella la que llenaba su cerebro y su corazon; aun la imágen misma de Yolanda se habia desvanecido cual ligero vapor.

—Y sin embargo Isabel me ama,—se decia á sí mismo, despues de haber recapitulado por la centésima vez los obstáculos todos que se oponian á su dicha.

De esta suerte transcurrieron dos ó tres meses, cuando un dia y mientras Sigognac estaba en su aposento buscando el final de un soneto en loor de su amiga, Pedro subió á anunciar á su señor que habia un caballero que pedia hablar con él.

—¿Un caballero qué quiere hablarme?—exclamó Sigognac,—tú sueñas ó él se equivoca. Nadie tiene nada que decirme; sin embargo, por la rareza del caso, introduce á ese mortal singular. ¿Cuál es su nombre, al ménos?

—No ha querido decirlo, pretendiendo que ningun provecho sacaríais con que fuese este ó aquel,—respondió Pedro abriendo de par en par la puerta.

Al umbral apareció un apuesto jóven, vestido con un elegante traje de montar y sosteniendo con una mano el sombrero cuya pluma barria el pavimento.

Por lo visto la impresion que el jóven causó á Sigognac no fué muy agradable, puesto que éste palideció ligeramente, y de un salto se precipitó sobre su espada, que estaba suspendida á la cabecera de la cama, la desenvainó y se puso en guardia.

—¡Vive Dios, señor duque, creí haberos muerto! ¿Sois vos ó vuestra sombra?

—Soy yo mismo, Aníbal de Vallombreuse,—respondió el jóven duque,—yo mismo en carne y hueso, lo ménos difunto posible; mas apresuraos á envainar esa espada. Nos hemos batido ya dos veces, y es bastante. El proverbio dice que las cosas repetidas agradan, pero que tripetidas fastidian. No vengo en son de guerra, y si tengo algunos pecadillos que echarme en cara respecto de vos, ya habeis tomado revancha de ellos. Por lo tanto estamos en paz. Para probaros mis buenas intenciones, ahí teneis una real órden por la que se os confiere la propiedad de un regimiento, real órden que mi padre y yo hemos obtenido de S. M. recordándole la adhesion de los Sigognac á los reyes sus antepasados. Yo en persona he querido traer esta favorable noticia; y ahora, pues soy vuestro huésped, haced retorcer el pescuezo á no importa qué, meted en la espetera lo que querais; pero, por Dios, dadme de comer. Las posadas de este camino son infernales, y mis furgones, encallados algo léjos de aquí en la arena, contienen mis provisiones de boca.

—Temo, señor duque, que mi mesa no os parezca una venganza,—respondió Sigognac con festiva cortesía,—pero no atribuyais al rencor la pobre comida que hareis. Vuestro proceder franco y cordial me llega á lo más hondo del alma, y desde ahora no tendreis amigo más fiel que yo; si bien de poco puedan valeros mis servicios, contad conmigo sin reservas. ¡Ola! Pedro, busca pollos, huevos, carne, y procura regalar lo mejor que sepas á ese caballero que se muere de hambre y no está acostumbrado á ello como nosotros.

Pedro se metió en el bolsillo algunas de las pistolas que le habia enviado su amo, y á las que no habia tocado aun, montó el jaco, y á escape se dirigió hácia la aldea más cercana en busca de provisiones.

De regreso una hora despues, confió el cuidado de voltear el asador á una andrajosa muchacha que habia encontrado en el camino cerca del castillo, y puso la mesa en la sala de los retratos, escogiendo entre las vagillas de los aparadores las

piezas que sólo tenían un astillón ó una hendidura, pues no había que pensar en vagilla de plata por haberse fundido tiempo hacia la última pieza de la misma. Luego, Pedro fué á anunciar al Barón que la mesa estaba puesta.

Vallombreuse y Sigognac se sentaron uno en frente del otro en las ménos cojas de las seis sillas, y el jóven duque, á quien aquella situación alegraba, atacó con voraz apetito los manjares acopiados con gran trabajo por Pedro. Después de haber devorado un pollo entero, si bien es cierto que parecía muerto de tisis, hincó el diente en la rosada lonja de un jamón de Bayona. Alabó la delicadeza de los hígados de pato, y ensalzó el fino sabor del queso de cabra al que proclamó como gran estimulante de la sed. Elogió así mismo el vino, y tanto era su buen humor, que por poco rompe en una carcajada al contemplar el despavorido semblante que puso Pedro cuando oyó á su amo llamar duque de Vallombreuse á aquel viviente reputado por muerto.

Sigognac, si bien cumplía con su huésped los deberes de la cortesía, no dejaba de admirarse de ver en su casa, sentado familiarmente á la mesa, á aquel elegante y altivo caballero, su rival el día antes, de cuya vida había sido dueño por dos veces, y quien en más de una ocasión había intentado deshacerse de él tenebrosamente.

El duque de Vallombreuse comprendió el pensamiento de Sigognac sin que este tuviese necesidad de manifestárselo, y cuando el anciano Pedro, después de colocar sobre la mesa un frasco de vino generoso y dos vasos más pequeños que los otros, para sorber el precioso licor, se hubo retirado, se retorció el jóven con el extremo de los dedos su delgado bigote, y dijo el Barón con amistosa franqueza:

—Veo claramente, mi querido Sigognac, á pesar de vuestra exquisita cortesía, que mi paso os parece algo extraño y súbito. Vos os decís: «¿Cómo se explica que aquel Vallombreuse, tan altanero, tan arrogante, tan imperioso, se haya convertido de tigre que era en manso cordero al que una

pastorcita conduciría atado de una cinta?» Voy á hablaros con franqueza. Durante las seis semanas que he permanecido clavado en la cama, me he hecho algunas reflexiones como el más valiente puede permitirse hacérselas cara á cara con la eternidad, pues la muerte no significa nada para nosotros, nobles, que prodigamos la vida con un lujo que no imitarán nunca los plebeyos. A deciros verdad, he sentido la frivolidad de muchas cosas, y me he prometido, si sanaba, conducirme de distinta manera. Trocado en pura y santa amistad el amor que me inspiraba Isabel, no tenía razón de odiaros, ya porque habíais dejado de ser mi rival, ya porque un hermano no puede tener celos de su hermana. Además, os estaba agradecido á la respetuosa ternura de que disteis siempre testimonio á esta cuando se hallaba todavía en una condición que autoriza las licencias, siendo vos el primero que adivinasteis aquel alma encantadora bajo el ropaje de comedianta. Cuando era pobre y despreciada, ofrecisteis á mi hermana la mayor riqueza que un noble pueda poseer, el nombre de sus antepasados; ahora, pues, que es ilustre y rica, os pertenece. El amante de Isabel debe ser el marido de la condesa de Lineuil.

—Tened presente,—respondió Sigognac,—que vuestra hermana siempre ha rehusado obstinadamente mi mano cuando podía creer en un absoluto desinterés.

—Delicadeza suprema, susceptibilidad angelical, puro espíritu de sacrificio, hijo sólo del temor de seros una traba para vuestro porvenir; pero su legitimación ha cambiado la situación por completo.

—Sí, soy yo ahora quien sería un obstáculo para ella en la elevada posición que ocupa. ¿Me cabe el derecho de tener ménos abnegación que ella?

—¿Seguís amando á mi hermana?—dijo el duque con tono grave;—como hermano me asiste el derecho de preguntároslo.

—Con toda mi alma, con todo mi corazón, con toda mi

vida,—respondió Sigognac,—con tanta y mayor vehemencia que jamás hombre alguno haya amado á una mujer sobre la tierra, en la que nada es perfecto sino Isabel.

—En este caso, señor capitán de mosqueteros, pronto gobernador de provincia, mandad ensillar vuestro caballo y venios conmigo á Vallombreuse á fin de poder presentaros oficialmente al príncipe mi padre y á la condesa de Lineuil mi hermana. Isabel ha rehusado por esposo al caballero de Vidaline y al marqués de l'Estang, ambos apuestos y bizarros; pero creo que sin hacerse mucho de rogar aceptará al baron de Sigognac.

El dia siguiente, el duque y el baron cabalgaban uno al lado del otro camino de Paris.

CAPITULO XX

DECLARACION DE AMOR DE CHIQUITA.

Sin embargo de señalar todavía una hora muy temprana el reloj de las Casas Cardeales, la plaza de la Grève (1) estaba llena de gente en vela. Los altos tejados de las casas dibujaban sus oscuras siluetas sobre las plomizas nubes que cubrían el espacio, y envolvían en la sombra que proyectaban hasta el centro de la plaza, un armatoste sinestro de color rojo por el que se veían á cada paso los rostros pálidos de las cabezas de la multitud. En las ventanas de las casas aparecían de cuando en cuando algunas calcezas que se retiraban al ver que con su ruido no habían dado motivo al espectáculo; cortando las arborescencias que una anciana mostró su apergamado semblante en una bohardilla de la torre situada en uno de los rincones de la plaza de donde se veía que la rei-

(1) Plaza pública de Paris, situada en el centro de la ciudad, donde se ejecutaban los sentencias de muerte hasta 1793.